

INTRODUCCIÓN

*"Hay algo en el curso del mundo que nos desborda. Nuestros pensamientos son nuestros,
pero sus resultados no."*
— William Shakespeare, *Julio César*

El mundo contemporáneo atraviesa una fase de militarización sin precedentes desde la Guerra Fría. Los presupuestos militares globales alcanzan cifras récord, las tensiones geopolíticas se multiplican, las guerras regionales se intensifican y la retórica belicista impregna el discurso político de las principales potencias. Este fenómeno no es accidental ni responde a las personalidades de líderes concretos, por más que ciertos nombres —Trump, Putin, Xi Jinping— dominen los titulares de la prensa internacional. Se trata, por el contrario, de una manifestación estructural de las contradicciones internas del capitalismo en su fase de crisis sistémica, una época en la que las salidas pacíficas y reformistas de las décadas anteriores se revelan insuficientes para resolver las tensiones acumuladas por el capital.

El presente documento se propone analizar esta coyuntura desde una perspectiva marxista rigurosa, situando los fenómenos políticos inmediatos dentro de las tendencias profundas del modo de producción capitalista. Nuestro punto de partida es la comprensión de que la militarización global actual no es simplemente una respuesta a "amenazas externas", sino una salida económica y política ante la crisis de sobreacumulación que afecta al capitalismo mundial. La caída tendencial de la tasa de ganancia, la saturación de mercados, la competencia intercapitalista intensificada y el agotamiento de los modelos de acumulación anteriores empujan al capital hacia la destrucción creativa que solo la guerra y la preparación para la guerra pueden ofrecer.

En este contexto, la figura de Donald Trump en Estados Unidos cobra un significado particular. Lejos de representar una anomalía o una desviación temporal de la "normalidad democrática" estadounidense, *Trump expresa de forma descarnada la crisis de hegemonía del imperialismo norteamericano y el desplazamiento del consenso liberal que había caracterizado el período posterior a la Segunda Guerra Mundial*. Su discurso abiertamente agresivo, su rechazo a las formas tradicionales de la diplomacia multilateral, su política de "América Primero" y su amenaza constante contra países como Venezuela, Irán o China no son caprichos personales, sino manifestaciones de una tendencia bonapartista que emerge cuando las contradicciones del sistema se vuelven ingobernables por los mecanismos institucionales habituales.

Europa, por su parte, aparece en esta ecuación como un espacio contradictorio: a la vez aliado subordinado de Estados Unidos y objetivo de su política de dominación económica. El rearme europeo impulsado desde Washington, la presión para aumentar los presupuestos militares al 2% del PIB, la subordinación de la política exterior europea a los intereses de la OTAN y la erosión progresiva de cualquier proyecto de soberanía continental revelan que la Unión Europea no es un actor autónomo en el tablero geopolítico, sino una pieza más en la

estrategia del capital transatlántico para mantener su dominio global frente al ascenso de otras potencias.

La dimensión ideológica de este proceso es inseparable de su base material. Los medios de comunicación, convertidos en aparatos de hegemonía al servicio de intereses corporativos, naturalizan la guerra como horizonte inevitable. El miedo al "enemigo externo" —ya sea Rusia, China, el terrorismo islamista o los "Estados canallas"— funciona como mecanismo de disciplinamiento social y como justificación para el recorte de libertades civiles, el aumento del gasto militar y la represión de movimientos sociales. Este fenómeno puede entenderse, desde una perspectiva marxista, como una forma de *fetichismo político*: la guerra aparece como una necesidad técnica, como respuesta "racional" a amenazas reales, ocultando su verdadera naturaleza de decisión de clase orientada a resolver las contradicciones del capital a expensas de la clase trabajadora mundial.

Las perspectivas históricas son inquietantes. El período actual presenta *paralelos evidentes* con los años previos a 1914, cuando la competencia imperialista entre las grandes potencias condujo a la Primera Guerra Mundial. También resuenan ecos de la Guerra Fría, aunque con diferencias fundamentales: no existe un bloque socialista comparable a la URSS, pero sí una multipolaridad emergente que cuestiona la hegemonía occidental. China no es la Unión Soviética, pero su ascenso económico y su creciente influencia geopolítica desafían el orden establecido. Rusia no es una potencia socialista (nunca lo fue), pero su resistencia a la expansión de la OTAN y su alianza estratégica con China configuran un eje que disputa el monopolio del poder global.

¿Hacia dónde nos dirigimos? Los escenarios posibles incluyen desde la escalada militar gradual hasta el estallido de guerras regionales que pueden globalizarse, pasando por una recomposición del orden mundial bajo formas aún más autoritarias y violentas. En todos estos escenarios, la clase trabajadora internacional aparece como la gran perdedora: paga los costos de la crisis económica, sufre los efectos de las guerras y soporta la represión de sus luchas. Pero también es, potencialmente, el sujeto capaz de interrumpir esta dinámica mortífera. La alternativa socialista, entendida no como un ideal abstracto sino como la organización consciente de la clase trabajadora para expropiar a los expropiadores y reorganizar la producción según necesidades humanas y no según la lógica del beneficio, permanece como única salida real a la barbarie que el capitalismo en crisis nos ofrece.

Este documento aspira a contribuir a la comprensión marxista de estos procesos, no desde la neutralidad académica sino desde *el compromiso con la transformación revolucionaria de la sociedad*. Nuestro análisis no pretende ser completo —la realidad desborda siempre nuestras categorías—, pero sí riguroso en sus fundamentos teóricos y en su voluntad de decir las cosas como son, sin concesiones al lenguaje diplomático ni a las ilusiones reformistas que aún pueblan amplios sectores de la izquierda.

I. LA MILITARIZACIÓN COMO RESPUESTA A LA CRISIS ESTRUCTURAL DEL CAPITAL

"El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien queda a menudo sepultado con sus huesos."

— William Shakespeare, *Julio César*

La crisis de sobreacumulación y sus salidas históricas

El capitalismo porta en su seno una contradicción fundamental: su impulso expansivo ilimitado choca constantemente con los límites de la demanda solvente, de los mercados disponibles y de las oportunidades rentables de inversión. Esta contradicción, analizada magistralmente por Marx en *El Capital*, se manifiesta en lo que la teoría marxista denomina *crisis de sobreacumulación*. No se trata de que exista "demasiado" capital en términos absolutos, sino de que existe demasiado capital en relación con las posibilidades de valorizarlo rentablemente. Las mercancías se acumulan sin venderse, las fábricas operan por debajo de su capacidad, el capital financiero busca desesperadamente espacios de inversión que ofrezcan rentabilidades aceptables, y sin embargo millones de seres humanos carecen de lo básico para vivir. Esta aparente paradoja —abundancia para el capital, escasez para las masas— es la forma específica que adopta la crisis en el modo de producción capitalista.

Históricamente, el capital ha encontrado diversas salidas a estas crisis de sobreacumulación. La más obvia es la destrucción física de capital: quiebras masivas, desvalorización de activos, cierre de empresas no rentables. Esta "limpieza" del sistema elimina los capitales menos eficientes y crea espacio para un nuevo ciclo de acumulación. Pero esta salida, aunque inevitable en el largo plazo, es políticamente peligrosa porque amenaza con desestabilizar todo el sistema y radicalizar a la clase trabajadora que sufre sus consecuencias en forma de desempleo masivo, miseria y desesperación.

Una segunda salida es la expansión geográfica: la apertura de nuevos mercados, la colonización de territorios no capitalistas, la integración forzosa de economías periféricas al mercado mundial. Esta fue la lógica del imperialismo clásico analizado por Lenin y Luxemburg a principios del siglo XX. La conquista colonial no respondía únicamente a ambiciones políticas o a búsquedas de prestigio nacional, sino a la necesidad objetiva del capital de encontrar nuevos espacios para su valorización. Hoy, cuando prácticamente todo el planeta está integrado al mercado capitalista mundial, esta salida tiene límites evidentes, aunque persiste bajo formas renovadas: la privatización de servicios públicos, la mercantilización de ámbitos antes no capitalistas (educación, salud, agua), la apropiación de recursos naturales en territorios indígenas o rurales.

Una tercera salida es la *intensificación tecnológica*: la innovación que permite aumentar la productividad, reducir costos y abrir nuevos sectores de producción. Pero esta salida contiene su propia contradicción, expresada en la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia. El aumento de la composición orgánica del capital —más capital constante (maquinaria, tecnología) en relación con el capital variable (fuerza de trabajo)— tiende a reducir la tasa de ganancia porque solo el trabajo vivo genera plusvalía. Cuanto más automatizada es la producción, menos oportunidades hay de extraer plusvalía directamente. Por eso las revoluciones tecnológicas, si bien pueden impulsar ciclos expansivos temporales, no resuelven la contradicción fundamental, sino que la desplazan hacia adelante.

La cuarta salida (analizamos las anteriores en otros documentos), es la militarización. La producción de armamento, la preparación para la guerra y la guerra misma ofrecen al capital una válvula de escape excepcional. El gasto militar cumple varias funciones simultáneas desde el punto de vista de la valorización capitalista. Primero, absorbe enormes cantidades de capital que de otro modo permanecerían ociosas o buscarían rentabilidades cada vez

más especulativas. El presupuesto militar estadounidense, que supera los 800.000 millones de dólares anuales, representa una transferencia masiva de recursos públicos hacia el sector privado armamentístico. Segundo, la producción militar es consumo improductivo desde el punto de vista del capital total: los tanques, aviones, misiles y portaviones no generan nueva plusvalía, se "consumen" sin reproducir las condiciones de la acumulación. Esto parece contradictorio, pero es precisamente lo que el capital necesita en una crisis de sobreacumulación: **destruir valor sin desestabilizar políticamente el sistema**. Tercero, la guerra real destruye capital fijo a escala masiva, creando oportunidades para la reconstrucción posterior y un nuevo ciclo de acumulación. No es casual que los períodos de mayor crecimiento capitalista del siglo XX se produjeran inmediatamente después de las dos guerras mundiales, cuando la destrucción masiva de infraestructura, fábricas y ciudades abrió espacios inmensos para la inversión rentable.

El complejo militar-industrial como fracción del capital

El concepto de "complejo militar-industrial", popularizado por el presidente estadounidense Dwight Eisenhower en su discurso de despedida de 1961, describe una realidad profundamente estructural del capitalismo contemporáneo. No se trata simplemente de la existencia de una industria armamentística, sino de la fusión orgánica entre sectores del capital, el aparato estatal y las fuerzas armadas en un bloque de intereses que impulsa la militarización permanente como estrategia de acumulación y dominación.

Este complejo incluye a los grandes conglomerados industriales dedicados a la producción de armamento (Lockheed Martin, Boeing, Raytheon, Northrop Grumman en Estados Unidos; BAE Systems en Reino Unido; Dassault, Thales y Airbus Defence en Francia; Rheinmetall en Alemania; Leonardo en Italia), pero también a sectores financieros que invierten en estos conglomerados, a universidades que realizan investigación militar, a medios de comunicación que reproducen la narrativa belicista, a think tanks que elaboran justificaciones estratégicas, y por supuesto a sectores del personal político, diplomático y militar que operan la "puerta giratoria" entre el sector público y privado. Un general retirado se convierte en consultor de una empresa armamentística; un político que aprueba presupuestos militares es posteriormente contratado por un lobby del sector defensa; un analista de seguridad que promueve la intervención en determinado país trabaja simultáneamente para una corporación con intereses en la región.

Desde una perspectiva marxista, el complejo militar-industrial no es una conspiración sino una fracción específica del capital que ha logrado posicionarse como hegemónica en determinados momentos históricos. Su poder no deriva únicamente de su volumen económico, sino de su capacidad para articular intereses de clase con narrativas de "seguridad nacional", presentando sus beneficios privados como necesidades públicas. La lógica de la acumulación privada de capital se disfraza con el lenguaje del patriotismo, la defensa de la democracia o la lucha contra el terrorismo.

Esta fracción del capital tiene un interés objetivo en la perpetuación de las tensiones internacionales. No necesariamente desea guerras totales —que son impredecibles y pueden desestabilizar todo el sistema—, pero sí requiere un estado permanente de amenaza, de conflictos de baja intensidad, de carreras armamentísticas regionales que justifiquen presupuestos militares crecientes. Cada nueva "amenaza" (el terrorismo islamista, el ascenso de China, la "agresividad" rusa, los Estados "canallas") funciona como justificación para nuevos ciclos de inversión en armamento. La Guerra contra el Terror

posterior al 11-S generó billones de dólares en contratos militares. La *"nueva Guerra Fría"* con China justifica hoy programas de modernización militar por valor de cientos de miles de millones. La guerra en Ucrania ha revitalizado la OTAN y disparado los presupuestos de defensa europeos.

La caída tendencial de la tasa de ganancia opera aquí con particular intensidad. La producción armamentística es altamente intensiva en capital, requiere inversiones masivas en investigación y desarrollo, y produce mercancías (sistemas de armas) cada vez más complejas y costosas. Un cazabombardero F-35 cuesta más de 100 millones de dólares por unidad; los programas de desarrollo de nuevos sistemas de armas se extienden por décadas y requieren inversiones de cientos de miles de millones. Estas características hacen que la tasa de ganancia en el sector armamentístico dependa críticamente del gasto estatal: sin contratos públicos garantizados, la industria armamentística no sería rentable; por eso la militarización no es solo una opción política sino una necesidad económica para esta fracción del capital.

Militarización y reestructuración geopolítica

La militarización global actual no puede entenderse fuera del contexto de la reestructuración geopolítica en curso. El orden mundial surgido tras 1945, consolidado tras 1991 con el colapso de la URSS, está en crisis. Estados Unidos, que durante décadas ejerció una hegemonía casi incontestada, enfrenta el desafío de potencias emergentes, especialmente China, pero también de bloques regionales que resisten su dominación directa.

Esta transición hegemónica genera inevitablemente tensiones militares. La teoría realista de las relaciones internacionales lo llama *"trampa de Tucídides"*: cuando una potencia emergente desafía a una potencia establecida, el riesgo de guerra aumenta exponencialmente. *Pero desde una perspectiva marxista, lo relevante no son las dinámicas de poder entre Estados abstractos, sino las contradicciones entre fracciones del capital internacional que pugnan por el control de mercados, recursos y rutas comerciales.*

El "giro hacia Asia" de la política estadounidense bajo Obama, intensificado bajo Trump y continuado bajo Biden, responde a la percepción de que China representa el principal desafío estratégico a largo plazo. Pero este desafío no es militar en primera instancia; es económico. China ha logrado en cuatro décadas lo que ningún país había conseguido: convertirse en la mayor potencia manufacturera del mundo, desplazar a Estados Unidos como primer socio comercial de la mayoría de países, acumular reservas de divisas superiores a los 3 billones de dólares, desarrollar capacidades tecnológicas de vanguardia y proyectar su influencia económica globalmente mediante iniciativas como la *Nueva Ruta de la Seda*. Esta transformación económica tiene consecuencias geopolíticas inevitables: China no se conforma ya con ser un subcontratista manufacturero del capital occidental, sino que aspira a convertirse en un centro hegemónico alternativo.

La respuesta estadounidense combina presión económica (guerra comercial, restricciones tecnológicas, intentos de desacoplamiento) y cerco militar. El refuerzo de alianzas en Asia-Pacífico (AUKUS, el Quad, la remilitarización de Japón, las ventas de armas a Taiwán) responde a una estrategia de contención que recuerda la política estadounidense hacia la URSS durante la Guerra Fría. Pero hay diferencias fundamentales: *China está profundamente integrada en las cadenas de valor globales del capital*, de modo que cualquier conflicto militar directo tendría consecuencias catastróficas para la economía mundial. Por eso la

militarización se desarrolla en una zona gris: aumento de presupuestos, despliegue de fuerzas, maniobras navales, retórica agresiva, pero evitando (hasta ahora) el enfrentamiento directo.

Europa se encuentra atrapada en esta dinámica. Económicamente, tiene intereses complementarios con China; políticamente, está subordinada a Estados Unidos mediante la OTAN. El resultado es una política esquizofrénica que sacrifica sus intereses económicos (como demostró el sabotaje de los gasoductos Nord Stream, que eliminó el suministro de gas ruso barato a Europa) en favor de la estrategia estadounidense de contención de sus rivales. El rearme europeo impulsado tras la invasión rusa de Ucrania responde menos a una amenaza militar real contra territorio europeo que a la presión estadounidense para que Europa asuma mayores costos en la confrontación con Rusia, liberando recursos estadounidenses para concentrarse en China.

La guerra como consumo de capital excedente

David Harvey, en su análisis de la *acumulación por desposesión*, ha mostrado cómo el capital resuelve sus crisis mediante la apropiación violenta de recursos, la privatización forzosa y la destrucción de formas alternativas de organización económica. La guerra es la forma más extrema de este proceso. No solo destruye capital físico (infraestructura, fábricas, viviendas), sino también capital humano (trabajadores muertos o mutilados) y capital social (instituciones, redes comunitarias, cohesión social). Esta destrucción masiva crea, paradójicamente, las condiciones para un nuevo ciclo de acumulación: los países devastados necesitan reconstruir, generando demanda para empresas constructoras, financieras, de ingeniería; los mercados antes cerrados se abren forzosamente a la competencia externa; los recursos naturales antes bajo control estatal pueden privatizarse; las regulaciones laborales y ambientales se flexibilizan en nombre de la urgencia reconstructiva.

Irak y Libia son ejemplos recientes. Ambos países poseían importantes reservas petroleras y economías parcialmente nacionalizadas. Las intervenciones militares occidentales destruyeron sus Estados, fragmentaron sus sociedades y abrieron sus economías a la explotación externa. Las empresas estadounidenses y europeas obtuvieron contratos multimillonarios para la "reconstrucción" de infraestructuras que habían sido destruidas por bombardeos occidentales. Los hidrocarburos iraquíes y libios, antes parcialmente controlados por Estados nacionales, quedaron disponibles para las transnacionales energéticas. Que estas guerras generaran caos, sectarismo, migración masiva y sufrimiento humano a escala inimaginable es, desde la perspectiva del capital, un daño colateral aceptable.

La militarización permanente permite al capital mantener en funcionamiento sectores enteros de la economía que de otro modo colapsarían por falta de demanda. La industria aeronáutica estadounidense, por ejemplo, subsiste largamente gracias a contratos militares. Boeing, Lockheed Martin y otras corporaciones producen aviones y sistemas que nadie compraría en un mercado civil, pero que los Estados adquieren masivamente con recursos públicos. Este mecanismo transfiere riqueza de la clase trabajadora (vía impuestos) hacia los accionistas de estas corporaciones, al tiempo que genera empleo en sectores específicos (ingeniería, manufactura especializada) que funcionan como clientelas políticas del militarismo. *Los trabajadores de estas industrias, conscientes de que sus empleos dependen de los contratos militares, pueden convertirse en defensores activos del belicismo, creando*

una base social para la militarización que trasciende los intereses inmediatos de los capitalistas del sector.

Sobreacumulación, financiarización y guerra

La financiarización de la economía mundial en las últimas cuatro décadas está íntimamente conectada con la militarización. Cuando el capital no encuentra oportunidades rentables en la producción real, se refugia en la especulación financiera: mercados bursátiles, derivados, criptomonedas, bienes raíces. Pero esta huida hacia las finanzas no resuelve la sobreacumulación; solo la desplaza y la amplifica. Las burbujas especulativas explotan periódicamente (crisis de las puntocom en 2000, crisis inmobiliaria en 2008, futuras crisis), destruyendo enormes cantidades de capital ficticio y amenazando con arrastrar al sistema financiero global.

La militarización ofrece aquí una salida parcial. El gasto militar estatal funciona como un mecanismo keynesiano de último recurso: inyecta demanda efectiva en la economía sin competir directamente con el sector privado (los misiles no se venden en el mercado de consumo) y sin generar capacidad productiva excedente (los portaviones no producen mercancías). Es una forma de socializar los costos de la crisis (mediante impuestos o deuda pública) mientras se privatizan los beneficios (contratos para corporaciones). La deuda pública generada por el gasto militar es, además, funcional para el capital financiero: los bonos del tesoro estadounidense, respaldados por el aparato militar más poderoso del mundo, son considerados activos seguros que absorben cantidades masivas de capital excedente.

El vínculo entre finanzas y guerra es también directo. Los grandes fondos de inversión (BlackRock, Vanguard, State Street) son accionistas principales de las corporaciones armamentísticas. Los bancos financian la producción y exportación de armas. Las guerras generan oportunidades especulativas: los precios del petróleo se disparan, permitiendo ganancias en mercados de futuros; las materias primas estratégicas (litio, tierras raras, uranio) se revalorizan; los bonos de países en guerra ofrecen rendimientos elevados para inversores dispuestos a asumir riesgos; las acciones de empresas de seguridad, ciberseguridad y reconstrucción se disparan.

Esta convergencia entre capital financiero y complejo militar-industrial configura un bloque de poder formidable que impulsa la militarización como estrategia sistémica. No es una conspiración secreta sino una alianza de intereses perfectamente visible: los mismos fondos que gestionan los planes de pensiones de millones de trabajadores invierten simultáneamente en bancos que financian dictaduras, corporaciones que producen armas, empresas que se benefician de guerras. Esta es la lógica del capital: indiferente al contenido concreto de la inversión (armas, medicinas, alimentos, pornografía), solo le interesa la valorización.

II. IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO: DE LENIN AL CAPITALISMO GLOBAL INTEGRADO

El imperialismo en Lenin: vigencia y límites

Cuando Lenin escribió *El imperialismo, fase superior del capitalismo* en 1916, lo hizo en medio de la Primera Guerra Mundial, intentando comprender las causas profundas de una

matanza que había tomado por sorpresa a gran parte del movimiento socialista europeo. Su análisis, basado en trabajos anteriores de Hilferding, Hobson, identificaba cinco características fundamentales del imperialismo: la concentración de la producción y el capital conducente a la formación de monopolios; la fusión del capital bancario con el industrial creando el capital financiero; la exportación de capital como fenómeno distintivo frente a la mera exportación de mercancías; la formación de asociaciones internacionales monopolistas que se reparten el mundo; y la culminación del reparto territorial del planeta entre las grandes potencias capitalistas.

Este marco analítico permitía entender por qué la guerra no era un accidente ni el resultado de la irracionalidad de tal o cual gobernante, sino la consecuencia necesaria de la competencia entre monopolios capitalistas por el control de mercados, fuentes de materias primas y oportunidades de inversión. La paz imperialista no era más que un armisticio temporal entre repartos territoriales, y la explosión bélica reflejaba la contradicción entre un desarrollo económico cada vez más internacionalizado y una estructura política basada en Estados nacionales competitivos.

Más de un siglo después, el análisis leninista mantiene una vigencia sorprendente en sus líneas generales. La concentración del capital ha alcanzado niveles inimaginables en 1916: las corporaciones transnacionales contemporáneas superan en poder económico a muchos Estados nacionales. La fusión entre capital industrial y financiero se ha profundizado hasta grados extremos con la financiarización de toda la economía. La exportación de capital sigue siendo central, aunque ahora adopta formas más complejas (inversión extranjera directa, compra de activos, préstamos condicionados, cadenas globales de valor). Los monopolios internacionales continúan repartiéndose mercados y recursos mediante oligopolios globales.

Sin embargo, el mundo contemporáneo presenta diferencias significativas respecto al imperialismo clásico analizado por Lenin. La primera es la descolonización formal: ya no existen imperios coloniales directos comparable al británico, francés, belga u holandés de principios del siglo XX. Las colonias se independizaron políticamente tras la Segunda Guerra Mundial, aunque su independencia económica es, en la mayoría de los casos, ficticia. Esta transformación obligó al imperialismo a adoptar formas más sofisticadas de dominación: control mediante deuda externa, imposición de políticas económicas mediante organismos multilaterales (FMI, Banco Mundial, OMC), penetración de transnacionales, bases militares extraterritoriales, golpes de Estado cuando los gobiernos nacionales intentan políticas contrarias a los intereses del capital internacional.

La *segunda diferencia es la globalización del proceso productivo*. En tiempos de Lenin, las corporaciones eran fundamentalmente nacionales con operaciones internacionales. Hoy, las cadenas de valor están fragmentadas globalmente: un iPhone se diseña en California, sus componentes se fabrican en una docena de países asiáticos, se ensambla en China y se vende mundialmente. Esta integración productiva complica la distinción entre capital "nacional" y capital "extranjero", y dificulta las políticas proteccionistas tradicionales.

La tercera diferencia es *la financiarización extrema de la economía*. El capital financiero, en tiempos de Lenin, estaba subordinado al capital industrial. Hoy, el capital financiero ha alcanzado una autonomía relativa enorme, creando burbujas especulativas que desconectan los precios de activos de cualquier base productiva real. Los mercados de derivados mueven cantidades de capital que multiplican por varias veces el PIB mundial.

Esta hipertrofia financiera genera crisis recurrentes (2000, 2008...) que desestabilizan toda la economía mundial.

La cuarta diferencia es **la inexistencia de un bloque socialista comparable a la URSS**. En tiempos de Lenin, la Revolución Rusa abrió la posibilidad de una alternativa sistémica al capitalismo. Durante la Guerra Fría, un tercio de la humanidad vivía bajo regímenes que rompían (al menos formalmente) con la lógica de la acumulación capitalista. Hoy, tras el colapso del llamado “socialismo realmente existente”, el capital opera en un espacio prácticamente global sin alternativas sistémicas consolidadas. China, aunque gobernada por un “Partido Comunista”, funciona en gran medida como una economía capitalista de Estado integrada en el mercado mundial.

William I. Robinson y la Clase Capitalista Transnacional

El sociólogo estadounidense William I. Robinson ha desarrollado en las últimas dos décadas una teoría del capitalismo global que intenta actualizar el análisis marxista del imperialismo a las condiciones contemporáneas. Su concepto central es el de la Clase Capitalista Transnacional (CCT), entendida como una fracción del capital que ha trascendido las bases nacionales de acumulación y opera a escala planetaria. Esta CCT estaría compuesta por los propietarios de las grandes corporaciones transnacionales, los altos ejecutivos de estas corporaciones, los gestores de fondos de inversión globales, los tecnócratas de organismos multilaterales (FMI, Banco Mundial, OMC, BIS) y sectores de las élites estatales integradas en esta lógica transnacional.

La tesis de Robinson es que el capitalismo ha experimentado en las últimas décadas una transformación cualitativa: de un sistema interestatal competitivo (el modelo imperialista clásico analizado por Lenin) a un sistema capitalista global integrado. Esta integración no elimina las contradicciones ni la competencia, pero las desplaza: ya no se trata principalmente de rivalidades entre capitales nacionales (estadounidense vs. alemán vs. japonés), sino de la competencia dentro de una clase capitalista transnacional que intenta gestionar el sistema global en su conjunto, subordinando los Estados nacionales a los intereses de la acumulación global.

Esta perspectiva modifica la comprensión del imperialismo. Tradicionalmente, el imperialismo se conceptualizaba como la dominación de unas naciones sobre otras, con Estados imperialistas (Estados Unidos, Reino Unido, Francia) explotando a Estados periféricos (África, América Latina, Asia). Robinson argumenta que esta visión, si bien contiene elementos de verdad, oscurece el hecho de que las élites de los países periféricos están cada vez más integradas en la CCT y comparten intereses con sus pares de los países centrales más que con sus propias clases trabajadoras nacionales. Un empresario brasileño o indio que opera globalmente tiene más en común con un empresario estadounidense o alemán que con los trabajadores de su propio país.

Esta *integración transnacional del capital* tiene implicaciones profundas para las estrategias de resistencia. Si el enemigo principal no es tanto el “imperialismo estadounidense” como sistema interestatal, sino el capitalismo global como totalidad, entonces las estrategias antiimperialistas clásicas (proyectos de desarrollo nacional autónomo) resultan insuficientes. La CCT puede tolerar cierto nacionalismo retórico siempre que no amenace los fundamentos de la acumulación global: el derecho de propiedad privada, la libre movilidad del capital, el pago de deudas externas, la apertura de mercados.

Una síntesis dialéctica entre Lenin y Robinson podría formularse así: el capitalismo contemporáneo es simultáneamente global e imperialista. Global porque las cadenas de valor, los flujos financieros y la propiedad del capital trascienden fronteras nacionales, creando una integración sin precedentes. Imperialista porque esta integración es jerárquica, asimétrica y violenta, con potencias centrales que imponen sus intereses a la periferia mediante mecanismos económicos y, cuando es necesario, mediante la fuerza militar. La CCT existe, pero opera a través de Estados nacionales que siguen siendo fundamentales para garantizar las condiciones de la acumulación: marcos legales, disciplinamiento laboral, represión de movimientos sociales, proyección militar externa.

Hegemonía, imperio informal y subordinación de la periferia

El concepto gramsciano de hegemonía resulta indispensable para comprender el imperialismo contemporáneo. Gramsci distinguía entre dominación (imposición mediante la fuerza) y hegemonía (liderazgo mediante el consenso). Un imperialismo hegemónico no necesita imponer constantemente sus intereses mediante la violencia directa, sino que logra que las élites subordinadas internalicen y reproduzcan los marcos ideológicos y políticos que convienen al poder dominante. Estados Unidos ejerció durante décadas una hegemonía en este sentido: las burguesías latinoamericanas, africanas y asiáticas aceptaban voluntariamente (o casi) las reglas del juego impuestas desde Washington, asumiendo que el libre mercado, la democracia liberal y la integración al capitalismo global eran el único horizonte posible.

Esta hegemonía se construyó mediante múltiples mecanismos. Ideológicamente, a través de la universalización de valores occidentales (democracia, derechos humanos, progreso) presentados como políticamente neutros cuando en realidad codificaban intereses específicos de clase. Económicamente, mediante instituciones multilaterales (FMI, Banco Mundial, OMC) que imponían políticas neoliberales condicionando préstamos y acceso a mercados. Culturalmente, a través de Hollywood, las universidades estadounidenses, los medios de comunicación globales que difundían un imaginario donde el sueño americano era el modelo universal de éxito. Militarmente, mediante un sistema de alianzas (OTAN, tratados bilaterales) y bases militares que garantizaban la "seguridad" de los aliados mientras los integraban en la estrategia global estadounidense.

Pero la hegemonía nunca es total ni permanente. Las contradicciones inherentes al capital generan resistencias: gobiernos que intentan políticas nacionalistas, movimientos sociales que cuestionan el neoliberalismo, potencias emergentes que disputan el orden establecido. Cuando la hegemonía entra en crisis, la dominación desnuda emerge con mayor claridad. Estados Unidos ha recurrido sistemáticamente a la violencia cuando sus intereses se veían amenazados: golpes de Estado en Guatemala (1954), Irán (1953), Chile (1973), Argentina (1976), Brasil (1964); invasiones directas en Vietnam, República Dominicana, Granada, Panamá, Irak, Afganistán, Libia; guerras encubiertas, bloqueos económicos contra Cuba, Venezuela, Irán, Corea del Norte.

El concepto de "imperio informal" describe esta forma de dominación que opera sin necesidad de administración colonial directa. Gran Bretaña, tras perder sus colonias formales, mantuvo durante décadas un imperio informal en vastas regiones mediante control financiero, influencia comercial y proyección militar. Estados Unidos ha perfeccionado este modelo: no necesita anexarse territorialmente a México para controlar su economía mediante el TLCAN; no necesita colonizar Arabia Saudita para garantizar su alianza

estratégica y el acceso a su petróleo; no necesita ocupar Europa para subordinarla mediante la OTAN.

Esta forma de imperialismo es más flexible pero también más frágil. No genera las lealtades que producía la ciudadanía imperial compartida; los gobiernos subordinados pueden intentar márgenes de autonomía cuando el contexto lo permite; las poblaciones periféricas pueden resistir con mayor facilidad porque no enfrentan directamente a administradores coloniales sino a sus propias burguesías corruptas y subordinadas. Por eso el imperialismo informal requiere una vigilancia constante, una disposición a intervenir rápidamente cuando algún gobierno se desvía del camino prescrito, y una capacidad de proyección militar global que solo Estados Unidos posee.

Multipolaridad emergente y crisis hegemónica

La primera década del siglo XXI reveló los límites de la hegemonía estadounidense. Las guerras en Irak y Afganistán, lejos de consolidar el dominio imperial, lo debilitaron. Costaron billones de dólares, miles de vidas de soldados estadounidenses, decenas de miles de vidas de civiles, y no lograron establecer Estados clientes estables. La crisis financiera de 2008 demostró la fragilidad del modelo económico neoliberal que Estados Unidos había promovido globalmente. El ascenso de China como economía mundial y potencia tecnológica de primer nivel cuestionó el monopolio occidental sobre el desarrollo avanzado.

Esta crisis hegemónica abre un período de transición hacia un orden mundial multipolar. Pero es crucial no idealizar esta multipolaridad. China, Rusia, India, Brasil, Sudáfrica y otras potencias emergentes no representan una alternativa anticapitalista. Son capitalismo tardíos que buscan reconfigurar el orden global para beneficiar a sus propias burguesías, no para emancipar a la clase trabajadora mundial. Sus críticas al imperialismo occidental son selectivas y funcionales a sus intereses: defienden la soberanía nacional cuando conviene a su autonomía, pero violan la soberanía ajena cuando pueden salirse con la suya (la intervención rusa en Ucrania, la represión china en Xinjiang, la política de Israel en Palestina con apoyo occidental).

Lo que está en juego no es una confrontación entre un "imperialismo occidental malvado" y unas "potencias emergentes progresistas", sino una lucha entre fracciones del capital internacional por la hegemonía global. Esta lucha genera contradicciones que pueden ser aprovechadas por movimientos populares: los márgenes de autonomía que gobiernos periféricos logran en un contexto multipolar pueden permitir políticas de redistribución y nacionalización de recursos; las rivalidades entre potencias pueden debilitar los mecanismos de control imperial; las tensiones geopolíticas pueden crear espacios para alternativas políticas.

Pero estos márgenes son limitados y contradictorios. Venezuela, por ejemplo, ha resistido la agresión estadounidense apoyándose en China y Rusia, pero esta dependencia tiene sus propios costos: ***China es un socio comercial exigente que busca rentabilidad de sus inversiones, no solidaridad revolucionaria.*** Los intentos de construir bloques regionales alternativos (ALBA, UNASUR, CELAC) han enfrentado sabotajes sistemáticos y sus logros han sido modestos. La multipolaridad emergente redistribuye poder entre fracciones del capital, pero no cuestiona el capital como tal.

Desde una perspectiva marxista, la transición hacia un mundo multipolar no resuelve las contradicciones fundamentales del capitalismo. Puede incluso intensificarlas: en lugar de un imperialismo hegemónico que impone un orden global relativamente estable (aunque violento e injusto), tendríamos múltiples imperialismos compitiendo, aumentando el riesgo de guerras, fragmentando cadenas de valor, generando nacionalismos reaccionarios. La clase trabajadora internacional tiene un interés objetivo en la paz, pero no puede alcanzarla apoyando a tal o cual bloque imperialista contra otro, sino solo luchando por la superación del capitalismo como sistema.

III. TRUMP Y EL BONAPARTISMO CONTEMPORÁNEO: DECADENCIA IMPERIAL Y AUTORITARISMO BURGUÉS

"Ahora es el invierno de nuestro descontento."
— William Shakespeare, *Ricardo III*

Trump no como anomalía sino como síntoma

La figura de Donald Trump ha generado un debate intenso en la izquierda y en amplios sectores progresistas. Para muchos, Trump representa una ruptura aberrante con la tradición democrática estadounidense, un accidente histórico producto de la manipulación mediática, la injerencia rusa, el sistema electoral o la ignorancia de sectores del electorado. Desde esta perspectiva, la solución consistiría en restaurar la "normalidad" democrática mediante el regreso de líderes moderados y civilizados que respeten las instituciones y practiquen una política exterior multilateral.

Este diagnóstico es profundamente equivocado. ***Trump no es una anomalía sino un síntoma de tendencias profundas del capitalismo estadounidense en crisis.*** Su emergencia política expresa el agotamiento del consenso neoliberal que había estructurado la política estadounidense desde Reagan, la creciente polarización social generada por décadas de estancamiento salarial y desigualdad creciente, y la *crisis de legitimidad* de las élites políticas tradicionales percibidas como corruptas y distantes de las preocupaciones populares.

La base social del trumpismo incluye sectores diversos: pequeños empresarios afectados por la competencia china, trabajadores industriales de regiones desindustrializadas (el "cinturón del óxido"), amplios segmentos de clase media baja que experimentan movilidad social descendente, sectores rurales que se sienten abandonados por las élites cosmopolitas urbanas, y franjas significativas de la clase trabajadora blanca que combinan inseguridad económica con racismo, xenofobia y autoritarismo cultural. No todos estos sectores son igualmente reaccionarios, pero comparten una percepción de que el sistema no funciona para ellos y una disposición a apoyar a un "alternativo" que promete "drenar el pantano" de la corrupción política.

Trump supo canalizar esta frustración mediante un discurso que combinaba elementos de populismo (crítica a las élites, rechazo al establishment), nacionalismo económico (proteccionismo, renegociación de tratados comerciales, promesas de relocalización industrial), autoritarismo securitario (mano dura contra la inmigración, ley y orden, apoyo a la policía) y una agresividad personalista que conectaba con el deseo de "alguien fuerte" capaz

de imponer soluciones. Este paquete ideológico no es coherente en términos de teoría política, pero es funcional en términos de movilización electoral: ofrece chivos expiatorios (inmigrantes, China, el establishment político) y promesas de restauración de una grandeza perdida ("Make America Great Again").

Desde una perspectiva marxista, Trump representa una forma de bonapartismo contemporáneo. El concepto de bonapartismo, desarrollado por Marx en su análisis del golpe de Luis Bonaparte en Francia en 1851, describe una situación en la que las clases fundamentales (burguesía y proletariado) están en un equilibrio tal que ninguna puede imponer hegemonícamente su proyecto, permitiendo la emergencia de un poder ejecutivo aparentemente autónomo que se sitúa por encima de las clases, aunque en realidad sirve a los intereses de la burguesía de una forma distinta a la democracia parlamentaria habitual.

Trump no es un dictador como Luis Bonaparte, pero comparte elementos de esta lógica. Su discurso populista se dirige formalmente contra todas las élites (incluyendo las élites capitalistas), pero en la práctica implementó políticas profundamente favorables al capital: recortes fiscales masivos para corporaciones y ricos, desregulación ambiental, debilitamiento de protecciones laborales, jueces conservadores que favorecen los intereses empresariales. Su estilo autoritario (desprecio por instituciones, ataques a la prensa, intentos de intimidar al sistema judicial) no representa una ruptura con el capitalismo sino una adaptación del poder burgués a condiciones de crisis hegemónica. *Cuando la clase dominante no puede gobernar mediante los procedimientos democráticos habituales, recurre a formas autoritarias que concentran poder, disciplinan a las masas y reprimen alternativas.*

La crisis de hegemonía estadounidense

Para entender a Trump es indispensable comprender la crisis de hegemonía del imperialismo estadounidense. Estados Unidos salió de la Segunda Guerra Mundial como la potencia dominante absoluta: controlaba casi la mitad de la producción industrial mundial, poseía monopolio nuclear, había establecido las instituciones del orden internacional (ONU, FMI, Banco Mundial, GATT), y lideraba el mundo "libre" frente a la URSS. Esta hegemonía se basaba en tres pilares: superioridad económica (dólar como moneda de reserva, tecnología de vanguardia, mercado interno masivo), superioridad militar (despliegue global, bases en todos los continentes, capacidad de intervención rápida) y superioridad ideológica (democracia liberal, ("american way of life"), promesa de prosperidad universal).

Estos tres pilares se han erosionado progresivamente. Económicamente, Estados Unidos ha perdido predominio: su participación en el PIB mundial ha caído del 40% en 1960 a menos del 25% hoy, mientras China ha ascendido hasta representar casi el 20%. Su superioridad tecnológica es cuestionada en sectores clave (telecomunicaciones 5G, inteligencia artificial, computación cuántica, energías renovables) donde China avanza rápidamente. Su déficit comercial estructural refleja que consume más de lo que produce, financiándose mediante endeudamiento y la emisión de dólares que el mundo acepta porque aún no existe alternativa clara.

Militarmente, Estados Unidos sigue siendo la primera potencia por amplio margen, pero su capacidad de imponer su voluntad mediante la fuerza ha demostrado límites evidentes. Las guerras en Irak y Afganistán fueron derrotas estratégicas: Estados Unidos no logró establecer gobiernos clientes estables, no controló los recursos como pretendía, y tuvo que retirarse

dejando atrás situaciones caóticas. La intervención en Libia destruyó el Estado, pero no creó un orden funcional a los intereses occidentales. Siria demostró que Rusia puede intervenir eficazmente en apoyo a aliados, limitando la capacidad estadounidense de derrocar gobiernos. Irán ha resistido décadas de sanciones y amenazas sin claudicar. *La superioridad militar no se traduce automáticamente en control político.*

Ideológicamente, el modelo estadounidense ha perdido atractivo. La crisis financiera de 2008, la parálisis política del sistema bipartidista, la violencia policial sistemática contra minorías raciales, la desigualdad obscena, la crisis de opioides, los tiroteos masivos recurrentes, el deterioro de infraestructuras básicas, el colapso de la promesa de movilidad social ascendente: todo esto ha desmentido la propaganda sobre el excepcionalismo estadounidense. *¿Quién aspira hoy a replicar el modelo político estadounidense?* Incluso aliados tradicionales de Estados Unidos miran hacia otros modelos (la gestión china de la pandemia, a pesar de sus aspectos autoritarios, fue percibida como más eficaz; el estado de bienestar europeo, aunque en crisis, sigue siendo más atractivo que el capitalismo salvaje estadounidense).

Esta triple crisis —económica, militar, ideológica— configura lo que Gramsci llamaría una crisis orgánica: el viejo orden no puede continuar como antes, pero el nuevo orden aún no ha cristalizado. En estas situaciones de interregno, como decía Gramsci, *"aparecen los monstruos"*. Trump es uno de estos monstruos: ni restaura la hegemonía pasada ni ofrece un proyecto viable de futuro, pero moviliza las energías reaccionarias que emergen del desmoronamiento del orden establecido.

Nacionalismo agresivo y "América Primero"

La política exterior de Trump marcó una ruptura con la tradición multilateral estadounidense de posguerra. Mientras presidentes anteriores (tanto demócratas como republicanos) habían promovido alianzas, instituciones internacionales y un orden basado en reglas (aunque estas reglas favorecían sistemáticamente a Estados Unidos), Trump adoptó un nacionalismo descarado de "América Primero": retirándose de acuerdos internacionales (Acuerdo de París sobre cambio climático, acuerdo nuclear con Irán, UNESCO, Consejo de Derechos Humanos de la ONU...), cuestionando organismos multilaterales, imponiendo aranceles a aliados y adversarios por igual, exigiendo que los aliados europeos paguen más por su defensa, abandonando a aliados kurdos en Siria cuando convino a sus negociaciones con Turquía.

Esta política no representa irracionalidad ni improvisación, sino una lógica coherente desde la perspectiva de una potencia hegemónica en declive. Cuando Estados Unidos era hegemónico absoluto, podía permitirse el multilateralismo porque las instituciones internacionales reflejaban su poder y servían a sus intereses. Pero cuando su predominio se erosiona, las instituciones creadas en condiciones de hegemonía pueden volverse limitaciones: otros países las usan para cuestionar políticas estadounidenses, para exigir reciprocidad, para construir coaliciones que restringen la libertad de acción de Washington. Desde esta perspectiva, el unilateralismo agresivo de Trump es un intento de recuperar margen de maniobra, de imponer intereses mediante el poder desnudo sin las mediaciones institucionales que otros países podrían utilizar para limitar su acción.

El nacionalismo económico trumpista (aranceles contra China, renegociación del TLCAN, amenazas contra empresas que deslocalizan producción) responde también a presiones internas. Décadas de desindustrialización han erosionado la base social del capitalismo

estadounidense: comunidades enteras que dependían de empleos manufactureros han colapsado, generando desesperación, epidemias de drogas, desintegración familiar, radicalización política. Estos sectores exigen protección, empleos, restauración de un pasado idealizado. Trump promete esta restauración mediante el nacionalismo económico, aunque en la práctica sus políticas han sido incoherentes y sus resultados modestos: los aranceles contra China encarecieron productos sin relocalizar sustancialmente la producción; la renegociación del TLCAN (ahora USMCA) cambió poco en lo fundamental; las promesas de devolver empleos manufactureros no se materializaron porque la automatización, más que la competencia china, es lo que elimina estos empleos.

Pero la función del nacionalismo trumpista no es tanto resolver los problemas reales como ofrecer narrativas que canalicen la frustración hacia objetivos que no amenacen los intereses fundamentales del capital. Si los trabajadores culpan a China, a los inmigrantes o a los acuerdos comerciales de su deterioro económico, no cuestionan el capitalismo como tal. Si esperan que un líder fuerte "ponga a América primero", no organizan sindicatos para luchar por sus intereses de clase. El nacionalismo opera así como ideología de integración que subordina los intereses de la clase trabajadora a los intereses nacionales definidos por la burguesía.

Venezuela como objetivo estratégico del imperialismo

La obsesión de Trump con Venezuela no es casual ni meramente retórica. Venezuela representa para el imperialismo estadounidense varios desafíos simultáneos que explican la intensidad de la agresión. Primero, posee las mayores reservas probadas de petróleo del mundo (más de 300.000 millones de barriles), un recurso estratégico que el capital estadounidense ansía controlar, especialmente en un contexto de transición energética donde el control de hidrocarburos sigue siendo fundamental y las sanciones contra otros productores (Rusia, Irán) limitan el suministro global.

Segundo, el gobierno bolivariano, a pesar de sus limitaciones y contradicciones, ha representado un proyecto nacionalista de redistribución de la renta petrolera que desafía los intereses de las transnacionales. La nacionalización de PDVSA, las misiones sociales financiadas con recursos petroleros, los intentos de industrialización y diversificación económica, la integración regional mediante ALBA y Petrocaribe: todo esto constituye un modelo que, si prospera, podría inspirar a otros países latinoamericanos. Por eso Estados Unidos ha buscado sistemáticamente destruir este proyecto, no porque Venezuela represente una amenaza militar o ideológica seria, sino porque su ejemplo podría contagiar.

Tercero, Venezuela ha establecido alianzas con potencias que Estados Unidos considera adversarias: Rusia, China, Irán. Estas alianzas son defensivas (Venezuela necesita socios que la ayuden a resistir la presión estadounidense), pero desde la perspectiva de Washington representan una intromisión intolerable en su "patio trasero". La doctrina Monroe, que desde 1823 proclamó América Latina como esfera de influencia estadounidense, sigue operando: ninguna potencia extrarregional puede establecer presencia significativa en el hemisferio occidental sin provocar una reacción estadounidense.

La estrategia estadounidense contra Venezuela ha combinado todos los instrumentos del imperialismo moderno. Económicamente, sanciones cada vez más severas que han colapsado la economía venezolana: bloqueo financiero que impide acceder al sistema bancario internacional, prohibición de comprar o vender petróleo en dólares, congelamiento

de activos venezolanos en el exterior, sanciones secundarias contra países o empresas que comercien con Venezuela. Estas sanciones han generado una crisis humanitaria que Washington cínicamente atribuye al gobierno venezolano, ocultando su responsabilidad.

Políticamente, apoyo abierto a la oposición: financiamiento de partidos, organizaciones no gubernamentales y medios de comunicación opositores; reconocimiento de Juan Guaidó como "presidente encargado" en un intento de crear una legitimidad alternativa; organización de coaliciones internacionales (Grupo de Lima, OEA) para aislar diplomáticamente al gobierno bolivariano; presión sobre países aliados de Venezuela para que cambien su posición.

Militarmente, amenazas constantes de intervención ("todas las opciones están sobre la mesa", declaró repetidamente Trump), maniobras militares en países vecinos, refuerzo de bases estadounidenses en Colombia, intentos de golpe de Estado (como el fracasado intento de Guaidó en abril de 2019), apoyo a grupos paramilitares en la frontera colombo-venezolana, operaciones encubiertas de sabotaje (como el apagón eléctrico de marzo de 2019 que afectó a gran parte del país).

Ideológicamente, campaña mediática global que presenta a Venezuela como una "dictadura", oculta los logros sociales del bolivarianismo, exagera la crisis humanitaria (real pero provocada en gran parte por las propias sanciones), y justifica la agresión imperial como "defensa de la democracia" y "ayuda humanitaria". Esta narrativa es reproducida acríticamente por la mayoría de medios occidentales y por sectores de la izquierda que aceptan las premisas del imperialismo mientras critican sus métodos.

Trump personalizó esta agresión con declaraciones especialmente virulentas, llamando a Maduro "dictador", amenazando con invasión militar, imponiendo sanciones cada vez más duras, orquestando el reconocimiento internacional de Guaidó. Pero es crucial entender que la política antivenezolana es bipartidista en Estados Unidos: Biden ha mantenido y en algunos aspectos intensificado las sanciones, el Partido Demócrata apoya mayoritariamente la línea dura contra Caracas. Trump no inventó esta política sino que la expresó en su forma más brutal y menos diplomática.

Para la izquierda internacional, la defensa de Venezuela no implica apoyo acrítico al gobierno bolivariano. Este gobierno tiene limitaciones evidentes: burocratización, corrupción, errores económicos, autoritarismo creciente frente a la oposición. Pero en el contexto de una agresión imperial que busca destruir cualquier proyecto nacionalista de izquierda en América Latina, la defensa antiimperialista de Venezuela es una tarea ineludible. No se trata de elegir entre imperialismo y gobierno perfecto, sino entre imperialismo y derecho de los pueblos a decidir su propio destino. La alternativa al bolivarianismo no es una Venezuela democrática y próspera, sino una Venezuela neocolonial gobernada por la oligarquía local en alianza con el capital transnacional, como atestiguan los casos de Argentina, Ecuador, Brasil y otros países donde la derecha retornó al poder.

Perspectivas del trumpismo: un fenómeno duradero

La derrota electoral de Trump en 2020 y su regreso triunfal en 2024 confirman que el trumpismo no es un episodio cerrado sino una tendencia duradera del capitalismo estadounidense en crisis. Incluso cuando Trump no ocupe la presidencia, el movimiento político que construyó permanece: controla el Partido Republicano, moviliza decenas de

millones de votantes, cuenta con una infraestructura mediática potente (Fox News, medios digitales de derecha), y ha demostrado capacidad para desafiar resultados electorales y movilizar violencia política (el asalto al Capitolio del 6 de enero de 2021).

Más importante aún, las condiciones estructurales que generaron el trumpismo no han desaparecido. La desindustrialización continúa, la desigualdad se profundiza, la crisis climática agrava las tensiones, la polarización social se intensifica, el declive hegemónico estadounidense prosigue. En este contexto, es previsible que surjan nuevos líderes autoritarios que canalicen la frustración popular hacia chivos expiatorios y promesas nacionalistas, con o sin Trump al frente.

Para la clase trabajadora estadounidense e internacional, el trumpismo representa una amenaza seria. Su nacionalismo divide a los trabajadores según líneas nacionales, raciales y culturales, impidiendo la solidaridad internacional necesaria para enfrentar al capital global. Su autoritarismo ataca derechos democráticos y sindicales, facilitando la represión de movimientos sociales. Su agresividad militar aumenta el riesgo de guerras que la clase trabajadora paga con sus vidas y recursos. Su negacionismo climático agrava la catástrofe ecológica que afectará desproporcionadamente a los más pobres.

Pero la alternativa no es el regreso a un establishment liberal que generó las condiciones para el trumpismo. Los demócratas estadounidenses, a pesar de su retórica progresista, han sido cómplices de las políticas neoliberales, las guerras imperiales y la financiarización que destruyeron las bases sociales de la democracia liberal. Su "resistencia" a Trump es selectiva: cuestionan su estilo pero aprueban sus presupuestos militares, comparten su hostilidad hacia China, mantienen sus políticas migratorias (con modificaciones menores). *La salida no pasa por restaurar el consenso neoliberal, sino por construir una alternativa de clase que cuestione el capitalismo como tal.*

IV. EUROPA: ENTRE LA SUBORDINACIÓN ATLÁNTICA Y LA BÚSQUEDA IMPOSIBLE DE AUTONOMÍA

"Tempestad, guerra y temblores han de sacudir hoy este pueblo. Oh, perdona entonces a Julio César, que ha sido moderado con vosotros."
— William Shakespeare, *Julio César*

Europa como aliado subordinado

La relación entre Estados Unidos y Europa es profundamente contradictoria. Por un lado, Europa Occidental es el aliado más importante de Estados Unidos: comparte valores democrático-liberales (al menos formalmente), opera dentro del mismo sistema capitalista, integra la OTAN, mantiene lazos económicos estrechos con Norteamérica. Por otro lado, Europa es también un competidor económico potencial: la Unión Europea representa un PIB comparable al estadounidense, alberga corporaciones transnacionales de primer nivel (Airbus, Volkswagen, Siemens, LVMH, Shell), y podría aspirar a convertirse en un polo de poder autónomo en un mundo multipolar.

Esta ambigüedad se resuelve mediante la subordinación. Desde 1945, Europa Occidental ha estado militarmente subordinada a Estados Unidos vía OTAN. Esta subordinación no es solo formal sino estructural: Europa carece de autonomía estratégica real, depende del paraguas

nuclear estadounidense, sus ejércitos están integrados en estructuras de mando dominadas por Washington, sus industrias de defensa están interconectadas con el complejo militar-industrial estadounidense. Cuando Estados Unidos decide una orientación estratégica, Europa puede protestar en los márgenes pero no cambiar fundamentalmente el rumbo.

Esta subordinación tiene bases materiales. Después de la Segunda Guerra Mundial, Europa estaba devastada y necesitaba reconstrucción. El Plan Marshall (1948-1952) proveyó recursos financieros cruciales, pero condicionó esta ayuda a la apertura de mercados europeos a productos estadounidenses, la integración en instituciones dominadas por Washington (OTAN, FMI, Banco Mundial), y el rechazo a alternativas de izquierda (excluir a comunistas de los gobiernos, reprimir movimientos socialistas). Europa se reconstruyó, pero dentro de un marco transatlántico que institucionalizó la hegemonía estadounidense.

La Guerra Fría consolidó esta estructura. La amenaza soviética (real o exagerada) justificaba la presencia militar estadounidense en Europa y la dependencia de su protección. Intentos europeos de autonomía estratégica (como la fuerza nuclear francesa independiente desarrollada por De Gaulle, o propuestas de coordinación de defensa europea) fueron tolerados siempre que no cuestionaran la primacía de la OTAN. Económicamente, Europa desarrolló el estado de bienestar y un modelo de capitalismo socialmente regulado (la economía social de mercado), pero este modelo operaba dentro del sistema capitalista global liderado por Estados Unidos y dependía del acceso a mercados estadounidenses.

Tras el colapso de la URSS, hubo un momento en que Europa pudo haber desarrollado mayor autonomía. La amenaza que justificaba la OTAN había desaparecido, Europa estaba unificándose mediante la construcción de la Unión Europea, y surgían voces que proponían una "Europa de la defensa" capaz de actuar independientemente. Pero este momento pasó. En lugar de disolverse o transformarse, la OTAN se expandió hacia el este, provocando tensiones con Rusia. Las intervenciones militares de los años 90 y 2000 (Yugoslavia, Afganistán, Irak, Libia) reafirmaron el papel central de Estados Unidos en la seguridad europea; y la crisis del euro (2010-2012) demostró la fragilidad de la construcción europea, obligando a los países más afectados a aceptar programas de austeridad impuestos por Alemania y las instituciones europeas bajo presión del capital financiero internacional.

El rearme europeo como exigencia imperial

Trump hizo explícita una demanda que existía implícitamente desde décadas: que Europa aumentara significativamente su gasto militar. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos toleraba que Europa dedicara recursos relativamente modestos a defensa porque asumía el grueso de los costos de contener a la URSS. Pero tras el colapso soviético, y especialmente con el declive relativo del poder estadounidense, Washington exige que sus aliados europeos asuman mayor responsabilidad financiera en la proyección militar común.

La meta del 2% del PIB en gasto militar, establecida en la cumbre de la OTAN de 2014, refleja esta presión. En 2024, solo un puñado de países europeos (Polonia, Reino Unido, los bálticos, Grecia) alcanzaban este umbral. Alemania, la mayor economía europea, dedicaba menos del 1,5%; España, Italia, Bélgica aún menos. Trump amenazó con abandonar la OTAN si Europa no incrementaba su gasto, cuestionando públicamente el compromiso estadounidense con la defensa europea. Esta presión no era solo retórica: *reflejaba un cálculo estratégico de que Estados Unidos necesita liberar recursos militares para concentrarse en China, su desafío principal a largo plazo.*

La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 transformó radicalmente este debate. De la noche a la mañana, el rearme europeo dejó de ser una exigencia estadounidense contestada para convertirse en consenso político. Alemania anunció un aumento histórico de su presupuesto militar (100.000 millones de euros extraordinarios, más el compromiso de superar el 2% del PIB); Francia aceleró sus programas de modernización; hasta países neutrales como Suecia y Finlandia solicitaron ingresar en la OTAN. Los medios europeos, que durante años habían criticado el militarismo estadounidense, ahora clamaban por más armas, más presupuesto, más preparación para la guerra.

Esta transformación debe analizarse críticamente. Sí, la invasión rusa de Ucrania es una agresión imperialista que viola el derecho internacional y genera sufrimiento masivo a la población ucraniana. Sí, Ucrania tiene derecho a defenderse. Pero el rearme europeo impulsado tras esta invasión no responde principalmente a solidaridad con Ucrania ni a defensa de principios, sino a una lógica de intereses del capital transatlántico y a la presión estadounidense de larga data.

Primero, el rearme europeo transfiere recursos masivos desde gasto social (salud, educación, pensiones) hacia gasto militar, beneficiando al complejo militar-industrial estadounidense y europeo a expensas de la clase trabajadora europea que ve recortados servicios públicos en nombre de la "seguridad". Las corporaciones armamentísticas están experimentando un boom de pedidos: aviones, tanques, misiles, sistemas antiaéreos, municiones. Sus acciones se disparan en bolsa. Sus ejecutivos celebran. Los trabajadores europeos pagan la factura vía impuestos y servicios públicos deteriorados.

Segundo, el rearme europeo no aumenta la seguridad real del continente sino que lo integra más profundamente en la lógica de confrontación entre bloques imperialistas. Europa se convierte en plataforma de la estrategia estadounidense de contención de Rusia y, cada vez más, de China. Las bases militares estadounidenses en Europa no defienden a Europa sino que proyectan poder estadounidense globalmente. El sistema antimisiles instalado en Polonia y Rumania no protege a Europa de un ataque ruso (que sería suicida para Rusia) sino que forma parte de la estrategia de "supremacía estratégica" estadounidense que busca anular la capacidad de respuesta nuclear de Rusia, desestabilizando así el equilibrio estratégico.

Tercero, el rearme europeo profundiza la subordinación política del continente a Estados Unidos. Cada euro gastado en sistemas de armas estadounidenses (F-35, Patriot, THAAD) genera dependencia tecnológica y operativa. Europa compra equipos que solo Estados Unidos puede mantener, actualizar y operar plenamente. *Esta dependencia se traduce en pérdida de autonomía:* Europa no puede usar estos sistemas sin aprobación estadounidense, no puede desarrollar alternativas porque ya invirtió en sistemas compatibles con OTAN, no puede divergir políticamente de Washington sin poner en riesgo su seguridad.

La subordinación energética: el caso de los gasoductos Nord Stream

El sabotaje de los gasoductos Nord Stream 1 y 2 en septiembre de 2022 ilustra perfectamente la naturaleza de la relación transatlántica y la subordinación europea. Estos gasoductos conectaban directamente Rusia con Alemania a través del Mar Báltico, permitiendo el suministro de gas natural ruso a precios competitivos, beneficiando a la industria alemana y europea. Estados Unidos siempre se opuso a estos gasoductos,

argumentando que creaban dependencia energética de Rusia y financiaban al régimen de Putin. La oposición estadounidense, sin embargo, no era desinteresada: Estados Unidos deseaba vender su propio gas natural licuado (GNL) a Europa, significativamente más caro que el gas ruso transportado por ductos.

Tras la invasión de Ucrania, Europa se plegó a la presión estadounidense para sancionar las importaciones de energía rusa, a pesar del costo económico dramático para sus propias economías. Pero Nord Stream 2, aunque inactivo, permanecía como infraestructura existente que podría reactivarse si las tensiones disminuían o si la crisis energética europea se volvía insostenible. Entonces, misteriosamente, ambos gasoductos fueron saboteados mediante explosiones submarinas de gran envergadura.

Las investigaciones oficiales sobre este sabotaje han sido opacas y sus conclusiones inconcluyentes, pero analistas independientes han señalado a actores estatales con capacidades militares sofisticadas. Seymour Hersh, veterano periodista de investigación estadounidense, publicó un reportaje detallado señalando a Estados Unidos como responsable, con participación noruega, argumentando que la operación fue planificada y ejecutada por unidades especiales estadounidenses. Aunque este reportaje ha sido contestado y no verificado independientemente, lo notable es la reacción europea: un silencio ensordecedor.

La destrucción de infraestructura energética crítica europea, que costó miles de millones de euros, que era fundamental para la competitividad industrial del continente, no generó indignación oficial europea. No hubo exigencias de investigaciones transparentes, no hubo condenas, no hubo consecuencias políticas. Este silencio revela la verdadera naturaleza de la "alianza" transatlántica: *Europa puede ser atacada por su propio "aliado" si sus intereses económicos divergen de los intereses estratégicos estadounidenses, y no tiene capacidad de respuesta.*

El resultado práctico del sabotaje es que Europa ha reemplazado gas ruso barato por GNL estadounidense caro, golpeando la competitividad de su industria, aumentando los costos energéticos para los consumidores, y transfiriendo enormes cantidades de dinero a corporaciones energéticas estadounidenses. La industria química alemana, intensiva en energía, está colapsando o reubicándose fuera de Europa. *La desindustrialización europea avanza aceleradamente, no solo por la competencia china sino también por decisiones geopolíticas impuestas desde Washington que sacrifican la economía europea en el altar de la confrontación con Rusia.*

¿Es posible una Europa autónoma?

Periódicamente surgen discursos sobre "autonomía estratégica europea" o "soberanía europea". Macron en Francia, sectores de la socialdemocracia alemana, intelectuales y políticos de diversas orientaciones plantean la necesidad de que Europa desarrolle capacidades propias de defensa, políticas energéticas independientes, marcos regulatorios autónomos para tecnología, y voz propia en asuntos internacionales.

Estos discursos chocan con realidades estructurales. Europa no es un Estado unificado sino una confederación de Estados con intereses divergentes. Los países del este (Polonia, Bálticos, Rumania) se sienten amenazados por Rusia y prefieren la protección estadounidense incluso si implica subordinación. Los países del sur (España, Italia, Grecia)

tienen menos preocupaciones sobre Rusia y más sobre migración mediterránea y crisis económicas. Francia mantiene ambiciones de liderazgo europeo y autonomía estratégica, pero carece de recursos económicos suficientes para materializarlas. Alemania, la potencia económica del continente, ha sido históricamente reticente a asumir liderazgo militar por razones históricas (la memoria del nazismo), aunque esto está cambiando.

Además, *Europa carece de las bases materiales para una autonomía real*. Su industria de defensa, aunque importante, es fragmentada y depende de componentes y tecnologías estadounidenses. Sus capacidades militares son inferiores en casi todos los aspectos: proyección global, inteligencia, ciberdefensa, sistemas espaciales, armamento de vanguardia. Su dependencia energética de proveedores externos (antes Rusia, ahora Estados Unidos y países del Golfo) limita su margen de maniobra. Su sector tecnológico está subordinado a las plataformas estadounidenses (Microsoft, Amazon, Google) y chinas (Huawei, TikTok), sin campeones europeos equivalentes en sectores clave de la economía digital.

Desde una perspectiva marxista, la pregunta no es si Europa puede ser autónoma dentro del capitalismo, sino qué significaría esta autonomía para la clase trabajadora europea. Una Europa capitalista autónoma podría ser tan imperialista como Estados Unidos, desarrollando su propio militarismo, explotando a la periferia global, compitiendo con otras potencias. La autonomía estratégica europea en manos de las burguesías del continente no ofrecería emancipación a los pueblos europeos sino otra forma de dominación capitalista.

La alternativa real sería una Europa de los trabajadores, una federación socialista europea que rompiera con la OTAN, con la lógica de acumulación capitalista, con el imperialismo. Pero esta perspectiva está completamente ausente del debate político “mainstream”. La izquierda europea está mayoritariamente fragmentada, debilitada, sin proyecto estratégico claro. Los partidos socialdemócratas son administradores del capitalismo neoliberal; los partidos comunistas son residuales; la nueva izquierda (Podemos, Syriza, La France Insoumise) ha demostrado limitaciones cuando ha accedido al poder o se ha acercado a él.

En el futuro previsible, Europa seguirá siendo un aliado subordinado de Estados Unidos, con márgenes limitados de autonomía en cuestiones secundarias, pero integrada en la estrategia transatlántica en lo fundamental. El rearme europeo profundizará esta subordinación al vincular las industrias y ejércitos europeos aún más estrechamente con el complejo militar-industrial estadounidense.

V. LA MÁQUINA IDEOLÓGICA: MEDIOS, MIEDO Y NATURALIZACIÓN DE LA GUERRA

"El mundo entero es un teatro, y todos los hombres y mujeres meros actores."
— William Shakespeare, *La Tempestad*

El papel de los medios de comunicación en la reproducción del belicismo

Los medios de comunicación masiva no son simples transmisores neutrales de información, sino aparatos de hegemonía que cumplen funciones cruciales en la reproducción del capitalismo. Gramsci, en sus reflexiones sobre la hegemonía, enfatizó que la dominación de clase no se ejerce únicamente mediante la coerción (policía, ejército, cárceles) sino también mediante el consenso: logrando que los dominados acepten como natural, inevitable o

deseable el orden social que los oprime. Los medios son instrumentos fundamentales de esta construcción de consenso.

En el contexto de la militarización global, los medios cumplen varias funciones específicas. Primero, naturalizan la guerra presentándola no como una decisión política reversible sino como respuesta inevitable a amenazas reales. Los informativos bombardean constantemente con noticias sobre "tensiones geopolíticas", "regímenes agresivos", "amenazas terroristas", "carreras armamentísticas", creando un ambiente de peligro permanente que justifica el gasto militar, las intervenciones y la restricción de libertades civiles. El lenguaje utilizado es revelador: se habla de "mantener la paz" mediante la preparación para la guerra, de "defensa" cuando se trata de proyección militar ofensiva, de "intervención humanitaria" cuando se bombardean países, de "amenazas" para describir a cualquier país que resiste la hegemonía occidental.

Segundo, *construyen la figura del enemigo*. Toda guerra necesita un enemigo claramente definido, deshumanizado, amenazante. Durante la Guerra Fría era el "comunismo totalitario". Tras el 11-S, el "terrorismo islamista". Hoy, los enemigos rotan según convenga: Putin y la "autocracia rusa", Xi Jinping y el "autoritarismo chino", Maduro y la "dictadura venezolana", los "Estados canallas" (Irán, Corea del Norte). Estos enemigos son presentados en términos morales absolutos: no son simplemente adversarios con intereses geopolíticos distintos, sino encarnaciones del mal que amenazan nuestros valores, nuestra libertad, nuestra forma de vida. Esta construcción maniqueísta bloquea el análisis racional: no hay espacio para matices, para entender las motivaciones del "enemigo", para cuestionar las propias políticas que generaron el conflicto.

Tercero, *ocultan las causas materiales de los conflictos*. Las guerras aparecen en la narrativa mediática como resultado de ambiciones personales de líderes autoritarios, de ideologías fanáticas, de choques culturales, de odios ancestrales. Raramente se analizan en términos de competencia por recursos, de intereses económicos, de contradicciones estructurales del capitalismo. La invasión de Irak en 2003 se justificó con la mentira de las armas de destrucción masiva y la retórica de exportar democracia; los medios replicaron acríticamente estas narrativas, ocultando los intereses petroleros y geoestratégicos evidentes. La guerra contra Libia se vendió como protección de civiles; los medios silenciaron que Gadafi había propuesto crear una moneda africana respaldada por oro que habría desafiado el dominio del dólar y del franco CFA francés en África.

Cuarto, *silencian las voces disidentes*. En períodos de tensión militar, los medios cierran filas en apoyo a las políticas oficiales. Los críticos de la guerra son marginalizados, acusados de ser "antipatriotas", "apologistas del enemigo", "ingenuos útiles". Este cierre del debate es particularmente visible en momentos de crisis: tras el 11-S, los medios estadounidenses se convirtieron en megáfonos del gobierno, cuestionando mínimamente la Guerra contra el Terror; durante la invasión de Irak, las voces que advertían sobre la falta de evidencia de armas de destrucción masiva fueron ignoradas; tras la invasión rusa de Ucrania, cualquier análisis que contextualice las provocaciones de la OTAN es denunciado como "propaganda rusa".

El fetichismo de la guerra: cuando las relaciones sociales aparecen como cosas

Marx desarrolló el concepto de fetichismo de la mercancía para describir cómo, en el capitalismo, las relaciones sociales entre personas aparecen como relaciones entre cosas.

Las mercancías parecen tener valor por sí mismas, ocultando que su valor es producto del trabajo humano social. Este concepto puede extenderse para entender la guerra: en la ideología dominante, la guerra aparece como una necesidad técnica, como respuesta racional a amenazas objetivas, ocultando que es el resultado de decisiones humanas tomadas en el marco de intereses de clase específicos.

El fetichismo de la guerra opera mediante varios mecanismos. Primero, la tecnificación del discurso bélico. Las guerras modernas se describen en lenguaje técnico: "strikes quirúrgicos", "daño colateral", "capacidades de proyección", "disuasión estratégica", "superioridad aérea". Este lenguaje despolitiza y deshumaniza: los bombardeos aparecen como operaciones técnicas eficientes, no como decisiones de destruir vidas humanas; los civiles muertos son "daño colateral" inevitable de la precisión técnica, no víctimas de crímenes de guerra. La guerra se convierte en un problema de ingeniería, de cálculo de costos y beneficios, de aplicación de medios adecuados a fines definidos, ocultando su naturaleza de violencia organizada al servicio de intereses materiales.

Segundo, la naturalización de la amenaza. Los enemigos no aparecen como contruidos sino como dados, como amenazas objetivas que existen independientemente de nuestras políticas. Rusia es presentada como inherentemente expansionista, amenazando Europa por pura voluntad de poder, ocultando que la expansión de la OTAN hacia sus fronteras es percibida por Moscú como amenaza existencial. China es presentada como ambiciosa de dominio global, ocultando que su ascenso económico responde a dinámicas capitalistas de acumulación y que Occidente reacciona defensivamente ante la pérdida de su monopolio económico. Irán es "la mayor amenaza terrorista mundial", ocultando que es la resistencia iraní a la hegemonía estadounidense en Medio Oriente lo que lo convierte en objetivo.

Tercero, *la despolitización de las alternativas*. La paz aparece como deseable pero utópica, ingenua, irrealista. Los que proponen negociación, distensión, desarme son ridiculizados como pacifistas idealistas que no entienden la "dura realidad" de las relaciones internacionales. Esta retórica del realismo es profundamente ideológica: presenta como realista la guerra y como idealista la paz, invirtiendo la verdad de que la guerra es una decisión política que puede revertirse y la paz es el estado natural que el militarismo destruye activamente. Como si la guerra fuera un fenómeno natural comparable a terremotos o huracanes, y no una decisión consciente de enviar seres humanos a matarse mutuamente por intereses que no son los suyos.

El miedo como instrumento de control social

El miedo es una emoción política fundamental en las sociedades contemporáneas. Los gobiernos y las élites utilizan sistemáticamente el miedo para disciplinar a las poblaciones, justificar políticas autoritarias y bloquear alternativas. El terrorismo, la inmigración "descontrolada", la criminalidad "galopante", las "amenazas externas": todos estos fenómenos reales son amplificados y manipulados para generar un clima de inseguridad permanente que hace que las poblaciones acepten medidas que de otro modo rechazarían.

La guerra contra el terror inaugurada tras el 11-S es el ejemplo paradigmático. Los ataques de Al Qaeda fueron brutales y generaron miedo legítimo, pero la respuesta fue completamente desproporcionada y funcional a intereses que nada tenían que ver con la seguridad de las poblaciones. La invasión de Afganistán, la invasión de Irak, las intervenciones en Yemen, Somalia, Siria: ninguna de estas guerras hizo al mundo más

seguro; al contrario, generaron más caos, más terrorismo, más sufrimiento. Pero justificaron presupuestos militares astronómicos, restricciones de libertades civiles (Patriot Act, vigilancia masiva de la NSA, detenciones sin juicio en Guantánamo, torturas), y una militarización de la política que continúa dos décadas después.

El miedo al "otro" es también central. La inmigración es presentada como invasión, como amenaza cultural, como fuente de criminalidad y terrorismo. Esta narrativa oculta las causas estructurales de la migración (guerras que Occidente ha provocado o apoyado, políticas económicas que empobrecen al Sur global, cambio climático generado principalmente por el Norte industrializado) y construye a los migrantes como chivos expiatorios de problemas económicos generados por el capitalismo neoliberal. El miedo al migrante justifica políticas de frontera cada vez más violentas, el encarcelamiento de personas cuyo único "crimen" es buscar una vida mejor, y la construcción de muros físicos y legales que fracturan la solidaridad internacional de la clase trabajadora.

El miedo a China, cultivado sistemáticamente en los últimos años, sigue la misma lógica. Se presenta a China como amenaza civilizacional, como sistema incompatible con nuestros valores, como potencia totalitaria que busca dominar el mundo. Este miedo justifica la militarización del Pacífico, las restricciones tecnológicas, las guerras comerciales, y eventualmente podría justificar conflictos militares directos. Pero China no es una amenaza militar para Occidente: no tiene bases militares rodeando Europa o Estados Unidos, no bombardea países occidentales, no organiza golpes de Estado en Washington o Bruselas. Su "amenaza" es económica: desafía el monopolio occidental del desarrollo tecnológico y la acumulación de capital. El miedo construido en torno a China tiene la función de preparar psicológicamente a las poblaciones occidentales para un conflicto que servirá a los intereses del capital occidental, no a los intereses de los trabajadores de ninguna parte.

La propaganda como ciencia aplicada

La propaganda moderna es una industria sofisticada que utiliza todos los recursos de las ciencias sociales, la psicología, el marketing y la tecnología digital. No se trata de la propaganda burda de regímenes totalitarios clásicos, sino de técnicas sutiles de manipulación que operan en el plano emocional y preconscious, moldeando percepciones sin que las audiencias sean plenamente conscientes de estar siendo manipuladas.

Edward Bernays, sobrino de Freud y considerado fundador de las relaciones públicas modernas, explicó hace un siglo que en las democracias de masas el control de la opinión pública es esencial para la estabilidad del sistema. No se puede gobernar a millones de personas mediante la fuerza pura; es necesario **"fabricar el consenso"**, hacer que la gente desee lo que las élites necesitan que deseen. Esta fabricación del consenso se logra mediante la manipulación de símbolos, emociones y narrativas, apelando no a la razón crítica sino a los impulsos, miedos y deseos inconscientes.

Las técnicas son múltiples. La *repetición*: una mentira repetida mil veces en todos los medios se convierte en verdad aceptada. La *selección*: presentar solo ciertos hechos omitiendo contexto que cambiaría la interpretación. El encuadre: cómo se presenta una información determina cómo se percibe (un ataque puede ser "terrorismo" o "resistencia" dependiendo de quién lo comete y cómo se narra). Las fuentes aparentemente autorizadas: expertos, analistas, instituciones académicas que legitiman narrativas oficiales mientras ocultan sus vínculos con centros de poder. La apelación emocional: imágenes de sufrimiento

que justifican intervenciones, testimonios personales que humanizan "nuestro" bando y deshumanizan al enemigo.

La revolución digital ha multiplicado exponencialmente la capacidad de propaganda. Las redes sociales, presentadas ideológicamente como espacios de libre expresión, son en realidad *máquinas de manipulación*: algoritmos que priorizan contenido emocional y divisivo, cámaras de eco que refuerzan creencias existentes, bots que amplifican mensajes, publicidad microtargeted que adapta propaganda a perfiles psicológicos individuales. Los Estados y corporaciones invierten masivamente en estas técnicas: departamentos de ciberdefensa que no solo protegen sino que atacan, unidades de operaciones psicológicas que manipulan narrativas online, think tanks financiados por industrias de defensa que producen estudios justificando militarismo.

Alternativas: medios independientes y contra-hegemonía

Frente a este aparato ideológico formidable, existen espacios de resistencia. Medios independientes financiados por suscripciones en lugar de publicidad corporativa, periodistas de investigación que exponen mentiras oficiales, plataformas alternativas que rompen el monopolio de la información. Pero estos espacios son precarios, constantemente amenazados por censura, desfinanciación, ataques legales y difamación.

La lucha por la verdad no es secundaria sino central en la lucha política. Sin comprensión de las causas reales de los conflictos, sin capacidad de cuestionar narrativas oficiales, sin acceso a información alternativa, las masas son desarmadas ideológicamente y vulnerables a la manipulación. Por eso la defensa de la libertad de prensa genuina (no la libertad de las corporaciones mediáticas de mentir sin consecuencias, sino la capacidad de periodistas honestos de investigar y publicar), el apoyo a medios alternativos, la alfabetización mediática que enseña a cuestionar fuentes y detectar propaganda: todo esto es parte ineludible de la construcción de una alternativa política.

Pero también es crucial no caer en una visión puramente ideológica que cree que desmontar la propaganda es suficiente. La propaganda es efectiva porque se basa en condiciones materiales reales: la inseguridad económica que hace a las personas vulnerables al miedo, la fragmentación social que dificulta la solidaridad, el poder material del complejo militar-industrial que financia think tanks y compra influencia. Combatir la propaganda requiere también combatir las condiciones materiales que la hacen efectiva, lo cual implica organización política y lucha de clases, no solo contra-información.

VI. PARALELOS HISTÓRICOS: 1914, LA GUERRA FRÍA Y LA COYUNTURA ACTUAL

"Hay una marea en los asuntos de los hombres que, tomada en su pleamar, conduce a la fortuna."

— William Shakespeare, *Julio César*

El camino hacia 1914: competencia imperialista y catástrofe

El estallido de la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914 conmocionó al mundo y particularmente al movimiento socialista internacional. Las previsiones de que la solidaridad de clase frenaría una guerra entre trabajadores de diferentes países se demostraron

ilusorias: los partidos socialistas de la Segunda Internacional, con pocas excepciones, apoyaron a sus respectivas burguesías nacionales, votando créditos de guerra y enviando a los trabajadores al matadero. Esta traición precipitó la crisis terminal de la Segunda Internacional y condujo eventualmente a la Revolución Rusa de 1917.

Los paralelos entre aquel período y la actualidad son inquietantes. Entonces, como ahora, una potencia hegemónica en declive relativo (Reino Unido) enfrentaba el ascenso de competidores (Alemania, Estados Unidos). Entonces, como ahora, la competencia económica se traducía en tensiones geopolíticas, carreras armamentísticas, formación de bloques de alianzas, búsqueda de colonias y esferas de influencia. Entonces, como ahora, la acumulación de armamento creaba lógicas de escalada donde cada país armaba por inseguridad ante el armamento ajeno, generando una espiral que hacía la guerra cada vez más probable.

Entonces, como ahora, existía una combinación tóxica de complacencia y belicismo. Complacencia porque décadas de paz relativa en Europa (desde 1871) habían creado la ilusión de que las guerras entre grandes potencias eran cosa del pasado, que la interdependencia económica hacía la guerra irracional, que las instituciones internacionales y el derecho serían suficientes para resolver conflictos. Belicismo porque las élites consideraban la guerra como solución a crisis políticas internas, como forma de disciplinar movimientos obreros, como oportunidad de resolver de una vez por todas las rivalidades acumuladas.

El asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo fue la chispa, no la causa. La causa fue la acumulación de contradicciones imperialistas que habían vuelto la guerra altamente probable. Cualquier incidente podría haber desencadenado la catástrofe; Sarajevo simplemente fue el primero que activó el sistema de alianzas y llevó a la escalada automática. Esto es crucial para entender hoy: ***no es necesario que exista un plan consciente de guerra mundial para que una guerra estalle***. Basta que existan tensiones acumuladas, armamento masivo, alianzas rígidas, lógicas de prestigio y credibilidad que impiden retroceder, y percepciones mutuas de amenaza. Un incidente en Taiwán, una crisis en el Mar de China Meridional, un enfrentamiento en el Báltico: cualquiera podría ser el Sarajevo del siglo XXI.

La Guerra Fría: contención y equilibrio del terror

El período posterior a 1945 estuvo marcado por la confrontación entre el bloque capitalista liderado por Estados Unidos y el bloque socialista liderado por la Unión Soviética. Esta confrontación, conocida como Guerra Fría, nunca se convirtió en guerra caliente directa entre las superpotencias, pero generó guerras "calientes" devastadoras en la periferia (Corea, Vietnam, Afganistán), carreras armamentísticas que consumieron recursos inmensos, y un clima de tensión permanente que amenazó varias veces con apocalipsis nuclear.

La Guerra Fría terminó con el colapso del bloque soviético entre 1989 y 1991, abriendo un período breve de "unipolaridad" estadounidense. Francis Fukuyama proclamó el "fin de la historia", argumentando que el triunfo del capitalismo liberal era definitivo y que no surgirían alternativas sistémicas. Este triunfalismo resultó prematuro. El capitalismo no ha resuelto sus contradicciones fundamentales; simplemente las desplazó temporalmente. Tres

décadas después, el mundo enfrenta nuevas tensiones que algunos analistas llaman "nueva Guerra Fría", aunque con diferencias fundamentales respecto al conflicto original.

La primera diferencia es que China no es la Unión Soviética. La URSS era una economía planificada relativamente autárquica, con escasa integración en el mercado mundial capitalista. China, por el contrario, es el epicentro de las cadenas de valor globales, socio comercial principal de la mayoría de países, y opera fundamentalmente según lógicas capitalistas de mercado aunque bajo control político del Estado. Esta integración económica profunda hace que cualquier "desacoplamiento" entre China y Occidente sea extremadamente costoso para ambas partes, generando incentivos materiales para evitar confrontación directa que no existían durante la Guerra Fría original.

La segunda diferencia es ideológica. La Guerra Fría era también un conflicto entre modelos sociales: capitalismo vs. socialismo, democracia liberal vs. dictadura del proletariado. Hoy, el conflicto entre Estados Unidos y China no es fundamentalmente ideológico sino geopolítico: ambos sistemas son capitalistas, aunque con formas estatales distintas. Las retóricas sobre "democracia vs. autocracia" sirven para movilizar opinión pública, pero las élites occidentales no tienen problemas en aliarse con autocracias (Arabia Saudita, Emiratos Árabes, Egipto, Singapur) cuando conviene a sus intereses. El conflicto real es sobre quién liderará el orden global capitalista del siglo XXI.

La tercera diferencia es nuclear. Durante la Guerra Fría, la doctrina de "destrucción mutua asegurada" (MAD) generaba un equilibrio aterrador pero estable: ninguna superpotencia atacaría a la otra porque ambas serían destruidas en la respuesta. Hoy, nuevas tecnologías (misiles hipersónicos, ciberguerra, antisatélites, inteligencia artificial aplicada a guerra) pueden desestabilizar este equilibrio, creando incentivos para ataques preventivos o generando accidentes catastróficos. Además, la proliferación nuclear (Israel, India, Pakistán, Corea del Norte) y la emergencia de nuevos actores con capacidades de guerra asimétrica (grupos no estatales con drones, ciberataques) multiplican los escenarios de conflicto.

Diferencias cruciales del momento presente

A pesar de los paralelos históricos, el contexto actual tiene características específicas que lo distinguen tanto de 1914 como de la Guerra Fría. **La más importante es la crisis ecológica.** En 1914, las potencias imperialistas competían por el control de un planeta que parecía tener recursos ilimitados. Hoy, la humanidad enfrenta límites planetarios evidentes: cambio climático acelerado, destrucción de biodiversidad, agotamiento de acuíferos, degradación de suelos, acidificación de océanos. Esta crisis ecológica no es externa a las dinámicas capitalistas sino producida por ellas: la acumulación ilimitada en un planeta finito es imposible, pero el capital no puede dejar de acumularse sin dejar de ser capital.

Esta contradicción ecológica añade urgencia dramática a la crisis sistémica. Una guerra mundial entre potencias nucleares con capacidades tecnológicas contemporáneas no solo sería genocida sino potencialmente civilizatoria: podría colapsar las infraestructuras complejas de las que depende la vida de miles de millones de personas, generar inviernos nucleares que destruyeran la agricultura, producir pandemias, contaminar irreversiblemente vastas regiones. La humanidad no tiene tiempo ni recursos para estas insensateces mientras enfrenta una crisis climática que amenaza la habitabilidad del planeta.

La segunda diferencia es la multipolaridad. En 1914, había varios imperialismos europeos en competencia relativamente equilibrada. Durante la Guerra Fría, había dos superpotencias dominantes. Hoy, *el sistema es multipolar pero desequilibrado*: Estados Unidos sigue siendo el poder hegemónico, pero en declive, China asciende, pero no es aún dominante, Rusia es una potencia regional sin capacidad de proyección global comparable a la URSS, la Unión Europea es un gigante económico pero un enano geopolítico, India emerge con ambiciones propias, otras potencias regionales (Brasil, Turquía, Irán, Arabia Saudita) juegan roles crecientes. Este mundo multipolar es más complejo y potencialmente más inestable que los sistemas bipolares o unipolares previos.

La tercera diferencia es tecnológica. Las guerras del siglo XXI no se parecerán a las guerras del siglo XX. Drones autónomos, inteligencia artificial aplicada a toma de decisiones militares, ciberataques a infraestructuras críticas, guerra informática que manipula percepciones, armas biológicas de diseño, satélites que controlan comunicaciones globales: todas estas tecnologías transforman la naturaleza de la guerra y crean nuevos riesgos, incluido el riesgo de accidentes catastróficos por mal funcionamiento de sistemas automatizados que toman decisiones más rápido que lo que los humanos pueden supervisar.

Lecciones para el presente

Como diría Mark Twain, “La historia no se repite, pero a veces rima”. Los paralelos entre el presente y períodos históricos de crisis deben servir de advertencia, no de profecía autocumplida. En 1914, la guerra no era inevitable hasta que se volvió inevitable: cada paso que la acercaba creaba presiones para el siguiente paso, cada movilización militar generaba contra-movilizaciones, cada negativa a retroceder por razones de prestigio reducía opciones. Cuando finalmente estalló, pocos la querían realmente, pero nadie había sabido detenerla.

¿Podemos evitar ese camino hoy? Solo si reconocemos la gravedad de la situación y actuamos en consecuencia. Esto implica varias cosas. Primero, **desmilitarización**: presionar por reducción de presupuestos militares, desmantelamiento de bases extranjeras, tratados de control de armamentos, reconversión de industrias armamentísticas hacia producción civil. Segundo, **desnuclearización**: renovar el compromiso con abolición de armas nucleares, reforzar tratados de no proliferación, rechazar modernizaciones de arsenales. Tercero, **resolución política de conflictos**: negociación en lugar de confrontación, respeto a soberanía nacional, fin de sanciones económicas que estrangula poblaciones, reconocimiento de intereses legítimos de todos los Estados.

Pero estas medidas, siendo necesarias, no serán suficientes si no se acompañan de una transformación social profunda. La guerra no es un malentendido sino una funcionalidad del capitalismo en crisis. Mientras el capital requiera salidas militares a sus contradicciones, mientras fracciones poderosas del capital se benefician del militarismo, mientras las poblaciones acepten narrativas belicistas porque carecen de alternativas esperanzadoras: la guerra seguirá siendo horizonte probable. Solo una reorganización socialista de la producción y distribución, que subordine la economía a necesidades humanas planificadas democráticamente en lugar de la lógica ciega del beneficio, puede eliminar las causas profundas del militarismo.

VII. PERSPECTIVAS Y HORIZONTES: ¿HACIA DÓNDE VAMOS?

"Lo que está hecho no puede deshacerse."
— William Shakespeare, *Macbeth*

Escenarios posibles: de la escalada controlada al apocalipsis

El futuro no está escrito, pero los escenarios posibles están condicionados por las tendencias estructurales analizadas. Podemos identificar varios escenarios con distinta probabilidad y desencadenantes:

Escenario 1: Escalada militar gradual y guerras regionales

El más probable a corto y medio plazo. Implica intensificación de tensiones sin llegar a conflicto directo entre potencias nucleares. Guerras en Ucrania, Siria, Yemen, Libia. Confrontaciones en zonas grises: Mar de China Meridional, Taiwán, Ártico, ciberespacio. Proliferación de conflictos de "baja intensidad" (en términos occidentales; alta intensidad para quienes los sufren) en África, Medio Oriente, Asia Central. Incremento de presupuestos militares, normalización de la guerra como instrumento político, erosión de instituciones de gobernanza global. Este escenario es compatible con el capitalismo tardío: genera oportunidades de acumulación para el complejo militar-industrial, destruye capital excedente, disciplina poblaciones mediante miedo, pero evita una catástrofe nuclear que destruiría todo el sistema.

Escenario 2: Nueva configuración hegemónica sino-estadounidense (G2)

Menos probable pero no descartable. Implicaría que Estados Unidos y China, reconociendo su interdependencia y los costos de confrontación prolongada, establecieran un condominio global que repartiera esferas de influencia. Estados Unidos mantendría hegemonía en América y primacía militar global; China consolidaría su esfera en Asia Oriental, continuaría su ascenso económico y obtendría reconocimiento como gran potencia par. Ambos cooperarían en gestión de crisis globales (pandemias, cambio climático, regulación financiera) cuando amenazaran al sistema en su conjunto. Este escenario reproduciría lógicas imperialistas pero en forma multipolar negociada en lugar de conflictiva. Para la clase trabajadora mundial ofrecería pocos beneficios: seguiría siendo explotada por capitales de ambas potencias, solo que mediante coordinación en lugar de competencia abierta.

Escenario 3: Fragmentación geopolítica y formación de bloques

Crecientemente probable. Implicaría consolidación de bloques: un bloque occidental liderado por Estados Unidos (OTAN expandida, alianzas asiáticas del Quad y AUKUS, aliados latinoamericanos), un bloque sino-ruso (Shanghai Cooperation Organization, BRICS expandido, aliados en Asia Central, África, partes de América Latina), y países intermedios que intentan balancear entre bloques. Esta fragmentación generaría desacoplamiento económico progresivo: cadenas de valor regionales en lugar de globales, bloques monetarios y financieros separados, competencia tecnológica intensificada con estándares incompatibles. El riesgo de guerra aumenta en este escenario porque cada bloque percibe al otro como amenaza existencial y la ausencia de instituciones comunes dificulta la resolución de conflictos.

Escenario 4: Conflicto directo entre potencias nucleares

El menos probable pero el más catastrófico. Una guerra entre Estados Unidos y China, o entre Estados Unidos/OTAN y Rusia, con uso de armas nucleares, terminaría la civilización industrial tal como la conocemos. Incluso sin llegar a intercambio nuclear total, una guerra convencional entre estas potencias sería devastadora: colapso del comercio global, hambrunas masivas, pandemias, millones de refugiados, destrucción de infraestructuras críticas, involución civilizatoria. Este escenario no es deseado por ninguna élite racional porque destruiría las bases materiales de su propio poder, pero podría ocurrir por accidente, escalada incontrolada, o decisiones de líderes irracionales o desesperados. El riesgo aumenta en contextos de crisis económica profunda donde las élites perciban que el sistema colapsa de todos modos y opten por "soluciones" violentas extremas.

Escenario 5: Colapso sistémico y oportunidad revolucionaria

El escenario más impredecible. Crisis convergentes (económica, ecológica, pandémica, migratoria) podrían generar situaciones revolucionarias en múltiples países simultáneamente. Si las clases trabajadoras, ante el colapso del orden neoliberal y la amenaza de guerra, logran organizarse políticamente y derrocar regímenes capitalistas, se abriría la posibilidad de construir alternativas socialistas y detener la marcha hacia la guerra. *Pero este escenario requiere factores que hoy no existen: partidos revolucionarios de masas, conciencia de clase desarrollada, estrategias claras, coordinación internacional.* Sin estos elementos, las crisis pueden generar fascismo en lugar de socialismo, como demostró la experiencia de los años 30.

El rol de la clase trabajadora y los movimientos sociales

En todos estos escenarios, la clase trabajadora es potencialmente el factor decisivo. Los capitales individuales y sus Estados pueden empujar hacia la guerra, pero solo si los trabajadores aceptan luchar. Los presupuestos militares requieren impuestos pagados por los trabajadores. Las armas son producidas por trabajadores. Los ejércitos se componen de trabajadores. Si la clase trabajadora se negara en masa a cooperar con la guerra, la guerra se volvería imposible.

Esta negación requiere organización y conciencia. No basta con que trabajadores individuales se opongan moralmente a la guerra; es necesaria acción colectiva organizada que bloquee materialmente la maquinaria bélica. Históricamente, esto ha ocurrido en momentos revolucionarios: motines de soldados, huelgas en fábricas armamentísticas, fraternización entre tropas enemigas. Estas acciones pueden parecer imposibles en tiempos normales, pero las guerras generan condiciones excepcionales que politizan rápidamente a millones de personas y crean oportunidades revolucionarias.

La Internacional Socialista intentó en 1914 coordinar huelgas generales simultáneas para impedir la guerra, pero fracasó porque los partidos socialistas nacionales traicionaron estos compromisos. Hoy, ¿existe capacidad organizativa para acciones similares? Los sindicatos están debilitados en muchos países, los partidos de izquierda son marginales o han capitulado ante el capital, los movimientos sociales están fragmentados. Pero también existen nuevas formas de organización: redes internacionales de solidaridad, movimientos digitales que coordinan acciones globales, surgimiento de una nueva generación politizada por crisis climática que rechaza las lógicas de sus mayores.

El movimiento antiguerra debe conectarse con otros movimientos: ecologistas que entienden que la guerra es ecocida, feministas que cuestionan el militarismo patriarcal, antiracistas que rechazan las guerras imperialistas contra el Sur global, sindicalistas que defienden conversión de industrias bélicas a producción socialmente útil. Esta convergencia puede crear un bloque histórico capaz de detener la guerra y abrir caminos alternativos.

La cuestión nacional y el internacionalismo

Una de las contradicciones más complejas del momento actual es la tensión entre lucha antiimperialista (que a menudo adopta formas nacionalistas) e internacionalismo proletario. ¿Cómo defender el derecho de Venezuela, Cuba, Nicaragua a su soberanía frente al imperialismo estadounidense sin caer en nacionalismo burgués? ¿Cómo apoyar la resistencia palestina sin ignorar las dinámicas reaccionarias dentro del movimiento nacional palestino? ¿Cómo criticar las políticas de China sin servir objetivamente a la estrategia de contención estadounidense?

Lenin argumentó que en la época imperialista, las luchas de liberación nacional de los pueblos oprimidos son objetivamente antiimperialistas y deben ser apoyadas por el proletariado internacional, incluso cuando estas luchas sean lideradas por burguesías nacionales, porque debilitan la cadena imperialista global. Pero este apoyo no puede ser acrítico: el objetivo último no es sustituir un Estado burgués imperialista por múltiples Estados burgueses nacionales, sino superar el sistema de Estados-nación capitalistas mediante una federación socialista mundial.

En la práctica, esto implica defender el derecho de los pueblos a la autodeterminación mientras se mantiene independencia política frente a todos los gobiernos burgueses. Apoyar a Venezuela contra la agresión estadounidense no implica avalar todas las políticas del gobierno venezolano. Defender a China del cerco militar occidental no implica silenciar críticas al autoritarismo del PCCh. Solidarizarse con Palestina no implica apoyar a Hamas o a la Autoridad Nacional Palestina. Esta distinción es crucial porque confundir antiimperialismo con apoyo a gobiernos concretos subordina la lucha de clases a lógicas geopolíticas entre Estados.

El internacionalismo proletario hoy debe ser militante: no solo declaraciones de solidaridad abstracta sino acciones concretas que obstaculicen las guerras imperialistas. Los trabajadores portuarios que se niegan a cargar armas destinadas a genocidios, los ferroviarios que bloquean trenes militares, los informáticos que sabotean sistemas de guerra, los soldados que desertan: todas estas formas de internacionalismo práctico son más efectivas que mil manifiestos. La solidaridad internacional debe ser material, no solo discursiva.

El horizonte socialista como única salida real

Todos los análisis anteriores convergen en una conclusión: el capitalismo en su fase de crisis terminal ofrece solo barbarie. Militarización, guerras, fascismo, colapso ecológico, pandemias, hambrunas, migraciones masivas, desintegración social. Este no es un juicio moral sino un diagnóstico científico basado en las contradicciones estructurales del capital. Si el capital no puede resolver estas contradicciones (y no puede, porque resolverlas requeriría dejar de ser capital), entonces la alternativa es socialismo o barbarie, como formuló Rosa Luxemburgo hace más de un siglo.

Debe ser ecológicamente sostenible: producir para necesidades humanas dentro de límites planetarios, no acumulación ilimitada; tecnologías apropiadas que minimicen impacto ambiental, no tecnologías maximizadoras de ganancia; decrecimiento planificado de sectores destructivos (combustibles fósiles, militarismo, consumo superfluo) y crecimiento de sectores esenciales (salud, educación, cuidados, restauración ecológica). Debe ser feminista: abolir la división sexual del trabajo, socializar los cuidados, acabar con todas las formas de opresión patriarcal. Debe ser antirracista: reparar siglos de opresión colonial, garantizar igualdad real entre todos los pueblos, superar las jerarquías racializadas del capitalismo global.

CONCLUSIÓN: DECIR LAS COSAS COMO SON

El mundo atraviesa una fase peligrosa de militarización global, expresión de las contradicciones profundas del capitalismo en crisis. Esta militarización no es accidental, no responde a personalidades de líderes individuales, no es reversible mediante reformas cosméticas. Es una tendencia estructural del capital que busca salidas violentas a sus problemas de sobreacumulación, que sacrifica miles de millones de vidas humanas en el altar del beneficio privado, que amenaza con destruir la civilización humana tal como la conocemos.



Europa se encuentra atrapada entre su subordinación histórica a Estados Unidos y la necesidad objetiva de encontrar caminos propios. Pero dentro del capitalismo, esta búsqueda de autonomía solo puede generar otro imperialismo europeo, no emancipación de los pueblos. El rearme europeo actual beneficia al complejo militar-industrial transatlántico, no a los trabajadores europeos que ven deteriorarse servicios públicos para financiar tanques y misiles.

Los medios de comunicación, aparatos de hegemonía al servicio del capital, naturalizan la guerra, construyen enemigos, ocultan las causas materiales de los conflictos, silencian voces disidentes. Esta maquinaria ideológica es fundamental para mantener el consenso necesario para las guerras: sin ella, las poblaciones rechazarían enviar a sus hijos a morir por intereses que no son los suyos.

Los paralelos históricos con 1914 y la Guerra Fría son advertencias, no profecías. El futuro no está determinado, pero las tendencias presentes conducen hacia escenarios de creciente violencia si no son interrumpidas conscientemente. La clase trabajadora internacional es el único sujeto social con interés objetivo y capacidad potencial para interrumpir esta dinámica mortífera. Pero esta capacidad solo se actualiza mediante organización, conciencia y lucha.

La alternativa socialista no es una opción entre otras sino la única salida real a la barbarie que el capitalismo nos ofrece. Esta alternativa no caerá del cielo ni surgirá automáticamente de las crisis. Requiere construcción política: partidos revolucionarios arraigados en la clase trabajadora, sindicatos combativos, movimientos sociales radicalizados, intelectuales orgánicos comprometidos con la transformación. Requiere estrategia: análisis concreto de situaciones concretas, tácticas flexibles pero principios firmes, capacidad de aprovechar contradicciones del sistema sin capitular ante él. Requiere internacionalismo: coordinación entre trabajadores de todos los países, solidaridad práctica con luchas antiimperialistas, rechazo a todas las formas de nacionalismo burgués.

El tiempo apremia. La crisis climática no espera, las guerras destruyen vidas hoy, las condiciones se deterioran rápidamente. No tenemos el lujo de esperar condiciones perfectas para actuar. Debemos construir poder popular en las condiciones actuales, por adversas que sean, porque cada día que pasa sin organización efectiva es un día ganado por las fuerzas de la barbarie.

Este documento ha intentado decir las cosas como son, sin concesiones a la neutralidad académica ni a las ilusiones reformistas. El capitalismo en crisis nos ofrece solo guerra, explotación, destrucción ecológica y sufrimiento masivo. La alternativa existe: un mundo organizado según las necesidades humanas y no según la lógica del beneficio, una sociedad de productores libremente asociados que gestionan democráticamente sus condiciones comunes de existencia, una civilización que finalmente supera la prehistoria de la humanidad caracterizada por la lucha de clases y entra en su historia genuina caracterizada por la cooperación consciente.

Esta transformación no será pacífica ni fácil. Las clases dominantes no entregarán voluntariamente su poder; deberán ser expropiadas mediante la lucha organizada de la mayoría trabajadora. Esta lucha será larga, compleja, llena de retrocesos y derrotas. Pero es la única lucha que vale la pena, porque en juego está el futuro mismo de la humanidad. Entre el socialismo y la barbarie, entre la organización consciente y el caos destructivo, entre la emancipación colectiva y la catástrofe individual: esta es la elección de nuestra época.

"No nacemos para nosotros mismos, ni muere para sí mismo el justo."
